

**¡PURO
CHILE!**
REVISTA

CHANCO: ¿Que revolucion?



**MANUEL
ROJAS
UN NIÑO DE
OJOS MUY
ABIERTOS**

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©



GENTE

importante

LA VARA DEL BAR

Por E. L. M.

—Mira chiquillo, prepárame algo para arreglar la caña. Fuertoncito porque anoche... ¡brrr!

El curado químicamente puro debe pronunciar esta frase, acompañada de los respectivos tiritones, a eso de las 10 y media de la mañana, en el mesón de su bar favorito. A esta altura del día luce un peinado impecable, una afeitada al ras, con un poquito de polvos, quizás, para evitar la tirantez del cutis, termo recién planchado, camisa limpia, corbata en su lugar, zapatos brillantes. No se acoda en el mesón, cuando más apoya las manos de uñas cuidadas, para evitar que se note un ligero temblor. El barman todavía no tiene los fierros calientes y se demora mucho en preparar el trago. Nuestro amigo se impacienta pero sonríe y disimula.

—Se nos anduvo pasando la mano anoche. ¿Verdad? Ponte un poquito más de hielo.

—Sí, don Carlos.

—¿No han venido por aquí es los pericos?

—Todavía no, don Carlos.

—Pásamelo así no más, no lo batas tanto. Tengo como una bola de fuego aquí.

Se golpea la boca del estómago y eso le produce nuevos tiritones. Todavía no puede fumar. Por fin le pasan el trago. Al primer sorbo deja los puros cubitos de hielo.

—Un poco dulce estaba. El otro, más sequito. Como para hombres, mientras llegan estos niños.

—Sí, don Carlos.

Ahora prende un cigarrillo, con ojos inquietos recorre el bar vacío, mira el reloj de pared, compara la hora con el suyo, mira la puerta por la que no entra nadie.

—Ya no deben demorar. Este está mucho mejor... ¡ahhh!

Respetuoso del apremio por beber de los clientes que van llegando, les va cediendo su sitio y a la una y media está en una punta de la vara, con los codos sobre el mesón, la mirada fija y la lengua un tanto traspasa. Hace sus primeras incursiones en el monólogo: "estos güevones

deben haber pasado a hacer la carga a otro lado".

A las dos de la tarde ya están todos los que son. Se adueñan del bar y le meten conversación y codazos a todos los clientes, conózcanlos o no. En el lote hay de todos: jubilados, ex-niños bien que no le han trabajado nunca un cinco a nadie, empleados que se pegan una arrancadita de la oficina, ex-oficiales, dueños de camión con su pioleta al lado y hasta el vendedor de diarios de la esquina. Es un equipo, si no vobocétes, por lo vector aliado. Todos se conocen los gustos de las cosas, pero también se distribuyen entre la clientela en busca de nuevas amistades o de nuevos auditores, en vista de que los amigos ya se saben las historias de sucesos. Se castigan del brazo del primero que pillan y vaso en mano emiten opiniones a pedido de nadie.

—Este Gobierno a mí me interpreta. No sé si usted estará de acuerdo conmigo, pero el programa de la Unidad Popular me interpreta totalmente. ¡Hay que hacer cagar a los ricos! Ahora yo estoy celebrando ¿sabe qué?: la CORA acaba de expropiar al último tío rico que me iba quedando. Un viejo de mierda que se estaba haciendo el fuerte con un fundo. Se lo quitaron, los echaron, no le van a pagar el inventario por abusador. Está hasta las reverendas cachas. Llegó a abrir los dedos de los pies cuando lo notificaron. Viejo cagado, cuando mi papá se arruinó no le tiró ni una chaucha, a mí ni bola porque decía que era un curado, la oveja negra de la familia y todas esas pelotudeces que dicen estos vetejanos. Ahora quiero verlo, más cagado que yo. ¡Este es Gobierno! ¿o no dice usted? ¡Tenía un prón para que le pusiera las espuelas el perla. Una patá en la raja le van a pegar ahora a mí tío, já—já—já!

Otros tienen aficiones deportivas y cuentan las hazañas que realizaron en ese terreno en otros tiempos y especulan sobre las alturas que ha-

brian alcanzado en tal o cual disciplina si no la hubieran abandonado prematuramente. La mayoría de las veces, el relato es acompañado de la mímica adecuada.

—¿Por qué cree usted que tengo la nariz...? —pregunta achatóndose la punta con el índice —yo fui muy buen boxeador. Fui campeón llegado muy lejos. Fui campeón en el Servicio Militar, peso pluma pero pegaba de peso pesado. Todavía si se me encachan, no se la llevan tan pelada. Tenía una izquierda mortífera ¡qué Tany Loayza ni ocho cuartos! Cuando yo metía mi gancho, buenas noches los pastores. Era famoso en el Ejército, la izquierda más mortífera de la Segunda División. Todos lo sabían, menos un garzón de mierda de este restorán que me hizo parar la cueva de un aletazo y me sacó la cresta. Fue el año 1943, yo tenía 22 años. Dormí como tres horas y ahí me encariñe con este boliche y no he salido más de él.

A las cinco de la tarde, los amigos ya están instalados en una mesa que pasa a ser el centro de operaciones. Ahí dejan sus vasos y de ahí salen en giras a una u otra punta del mesón, a mesas vecinas para saludar personas conocidas o por conocer, o al baño. Lo más común es que se equivoquen con las personas.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias —responde tímidamente el interpelado.

—Y ¿a qué andas por aquí, Rodrigo?

—Perdón, yo no me llamo Juan, me llamo Rodrigo.

—¡Pero claro, siempre se confunde, Rodrigo. Tú eres Rodrigo

Contreras.

—No, Rodrigo Rojas.

—Rodrigo Rojas, claro, no faltaba más. No sé por qué siempre se me va tu nombre. Tu eres dentista.

—No, trabajo en una Notaría.

—¿No eras dentista?

—No.

—¿Estás seguro? Porque cuando saliste del Valentin Letelier dijiste que ibas a estudiar dentística.

—No estudié en el Valentin, soy de San Fernando.

—Ah, entonces usted no es Rodrigo Rojas, me está güevendo porque me ve un poquito pasado, pero no importa, me cayó bien usted, ¿cómo se llama?

—Rojas.

—¡Eso! Rodrigo Rojas, empleado de Notaría, ¿y dígame amigo Rojas, está conmigo o no en que los tenemos de un coco? ¿Me permite un cigarrito? Gracias. ¿Qué está tomando usted?

A medida que avanza la hora sube el tono de voz, las miradas se hacen ausentes y la inestabilidad al caminar es manifiesta, ya no pueden hablar sino abrazados y se olvidan de cosas elementales. Por ahí pillan a alguno con el marruco abierto.

—¡Eh, compadre, ciérrese el marruco que se le va a vez la corbata!

—¿Ah? ¿Qué? ¡Ah, de veras? Recién fui para allá y en la mitad del camino se me olvidó a qué iba. Claro, iba a echar una despichada, a eso iba.

—¡Ya no sabe ni del poto, compadre! Mejor se va. La comadre le va a sacar la mugre.

—Si no está ná en la cama. La tengo en el Hospital desde hace una semana. La abrieron y la cerraron. Cáncer ¿sabe? Por eso tengo una pena...



Vida y muerte de Pompeya

PARIS (ANSA).— En el "Petit Palais" exponen documentos de la escultura y la pintura de la época pre-romana, así como los frutos de las excavaciones efectuadas durante el siglo pasado y el actual en Pompeya, y reproducciones de famosos vasos descubiertos entre las ruinas de la ciudad sepultada bajo la lava del Vesuvio. Nos referimos a la Exposición "Pompeya", en la que 400 piezas documentan la vida cotidiana y los tesoros artísticos de la ciudad destruida por la furia del volcán. Fotografías de ruinas, calcos de cerámica de pompeyanos que hace diecinueve siglos pasaron del sueño a la muerte, objetos, tejidos y hasta alimentos calcificados, evocan eficazmente la noche fatal del 79 de nuestra era, que también es evocada por un breve film en la sala anterior.

Hay una amplia sala con maquetas de algunas villas romanas, y una repisa con objetos de cocina, lámparas de todo tipo, recipientes para el aceite, para el vino y para los ungüentos. En otra sala se ven herramientas e instrumentos de trabajo, inclusive instrumentos de cirugía. También puede verse una parte de una cónsola de un gladiador.

En la segunda sección de la Exposición se muestra un conjunto de esculturas, mosaicos, pinturas murales, que permiten seguir la evolución del arte pompeyano desde el período pre-romano hasta la erupción del Vesuvio.

En la última sala se evidencia la gran influencia que ha tenido para la cultura occidental el descubrimiento de la ciudad, que había permanecido sepultada durante tantos siglos. Hay también una sección especial, constituida de una serie de acuarelas que permiten reconstruir la historia de las excavaciones durante el siglo pasado.



LA PARTIDA DE TAMBO: anesidiada por un narcótico, la enorme fiera es llevada en camilla, al avión que la transportará a un balneario de Túnez.



DESPUES DE TRES DIAS de aclimatación, el cuidador de Tambo empezó con la cura de baños de mar.

También un tigre necesita, de vez en cuando, sus vacaciones. A esta conclusión llegó el médico veterinario encargado del zoológico de Reims, al constatar que Tambo, un hermoso ejemplar de tigre de Bengala, sufría síntomas de neurosis, similar a los que experimentan personas sometidas por largo tiempo a las tensiones de la vida moderna.

No es el primer caso en que fieras de zoológico, mostraron síntomas de stress: pasearse en pequeñas jaulas ante las miradas del público, sufrir el ruido y el aire contaminado de las ciudades, ha provocado lesiones cardíacas y úlceras estomacales a más de un rey de la selva. El zoológico de Nueva York, no hace mucho, sufrió la pérdida de varios ejemplares que no resistieron el aire viciado de la gran metrópoli.

Cuando Tambo empezó a mostrar síntomas de agotamiento nervioso, el veterinario Dr. Kéjé, le prescribió una cura de reposo —verdaderas vacaciones— con cambio de clima y todo. El paciente fue dormido con una inyección, anestado en una camilla y transportado, vía jet, al balneario turístico de Djéda. Ahí, en las tibias costas africanas, Tambo quedó a cargo de un experto cuidador de fieras quien pronto devolvió el espíritu y el buen humor a su singular pupilo. Antes de regresar a su jaula en Reims, Tambo, incluso, se acostumbró a jugar entre las olas de la playa y a trepar por las palmeras...



Más contentó. Tambo toma sol y masca un cachu en la playa.



El descanso, la piscina, los paseos y los juegos, curaron la neurosis del tigre... ¡También los animales necesitan vacaciones!

CELICH UC
Un tigre del zoológico de Reims, afectado por STRESS, se mejoró de su neurosis con unas vacaciones en la playa.
Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

LAS VACACIONES DE UN TIGRE

al-internacional-internacional.int



CELICH UC
 Centro de Estudios de Literatura Chilena
 Sucesión Manuel Rojas ©

A caso la costumbre de leer y de gozar o sufrir con la lectura creó en mí el deseo de escribir, el gusto de hacerlo? Si se me dice que lo hice porque tenía condiciones, lo creeré sólo a medias. Mis lecturas poéticas y cuentos no demostraban condiciones de ninguna especie. Es cierto que insistí, pero hay muchas personas que insisten, sin que su esfuerzo logre conseguirles lo que desean. ¿Se trata de un talento especial, de una virtud congénita que se puede desarrollar y ampliar por medio de la práctica y que puede tener una mayor o menor densidad o alcanzar un mayor o menor grado de desarrollo? Es muy posible, pero es preciso recordar las circunstancias especiales que aparecieron en aquel curriculum: la aparición de un libro en una vitrina de una librería, el conocimiento de una señora que me proporcionó la ocasión de leer novelas de categoría, mi contacto con gente que, como los anarquistas, tenían el gusto y con la manía de la lectura, mi amistad con Gómez Rojas y finalmente la necesidad, y casi la amenaza del hambre, que me hizo escribir "Laguna". ¿Qué habría ocurrido si no se hubieran presentado esas fortuitas circunstancias? ¿Habría escrito o virtud especial aprovechado cualquiera otras? No me atrevo a asegurarlo, creo, sin embargo, que muchos aceros, infinitos aceros, han desaparecido y desaparecen en el mundo sin haber tenido la oportunidad de desarrollar la virtud o el talento de que están dotados.

Si repaso mis reducidos antecedentes familiares —reducidos porque de mi familia materna sólo conocí a mi abuela y de la paterna sólo a mi padre, que murió siendo yo niño— encuentro sólo una persona que pueda darme algún indicio: mi madre. Mi madre tuvo un solo hijo y perdió a su marido seis o siete años después de casada. No tenía muchas personas con quien conversar y tuvo que adquirir el hábito de contarme historias. No historias que inventara o hubiese oído contar, sino historias que conocía, historias de sus hermanos, de sus parientes, de sus conocidos y hasta de ella misma y de mi padre, que al parecer era hombre ocarente y alegre. Mi madre aseguraba que estar al lado de su marido era como "estar al lado de una guitarra". Esta metáfora indica algo. Yo heredaré quizás ese hábito y como mi vida de niño y adolescente fue agitada, y como además conocí, andando por el mundo, muchos hombres que narraban, en un campamento, en una estación de ferrocarril, en una comisaría, sus historias y las ajenas, resultó que a los 20 ó 22 años y aun antes tenía un amplio repertorio de historias que podía contar a quien quisiera escucharlas o a quien me contara otras...

(Algo sobre mi experiencia literaria).



Nací en Buenos Aires, en una casa situada en la calle Combate de los Pozos, número 1678. Ignoro quiénes, además de mis padres y de una pareja de italianos que me sirvieron de padrinos, vivían allí. No tengo más que una fecha y una dirección, demasiado segura la primera, insegura la última. Es poco; no hay y podría haber menos.

Después de mi nacimiento transcurren años, tres, cuatro o cinco, en que sólo encuentro imágenes de Santiago de Chile y una que otra visión de viaje, entre éstas una en que me siento más que me veo, tomado de la cabecera de la montura de un macho espantado que corre conmigo por entre los muros de nieve. Mis padres eran un poco vagabundos, como yo lo he sido.

CONTINUO EN SANTIAGO

Llegué a Chile, por primera vez, quizás a los cuatro años. En Santiago, en la esquina nordeste de las calles Coquimbo y Nataníel, mis padres instalaron un almacén desde cuya puerta, la que daba a la primera de esas calles, podían verse las copas de los árboles del parque Cousiño. No recuerdo el aspecto del negocio y no puedo decir si era pequeño o grande, claro u obscuro, desmantelado o bien tenido. Me inclino a creer que era pequeño y modesto. Mis padres eran pobres. Pero no es mi intención hacer una historia económica de la familia.

Por lo demás, en el interior del almacén ni se hallaba ni sucedía, que yo sepa, nada extraordinario. Lo extraordinario estaba afuera, en la calle; aunque, recordando bien, existió en el negocio algo que debo consignar. En alguna parte, en algún rincón durante un cierto tiempo, un saco de hermosas bolitas de vidrio de infinitas combinaciones de color y de dibujo. Nunca su traje ni podí ninguna; me limitaba a jugar con ellas, tomándolas a puñados y haciéndolas rodar por mis manos hacia el saco. Me molestaba que las vendieran; fuera del saco, aisladas, no eran ya hermosas; se echaba de menos el color y el dibujo de las otras y disminuía, hasta casi desaparecer su luz, que en el saco resplandecía como un agua, tan clara que parecía verse hasta el fondo a través de ella".

(Imágenes de Infancia. 1934).

MANUEL ROJAS



Una vida de verdad

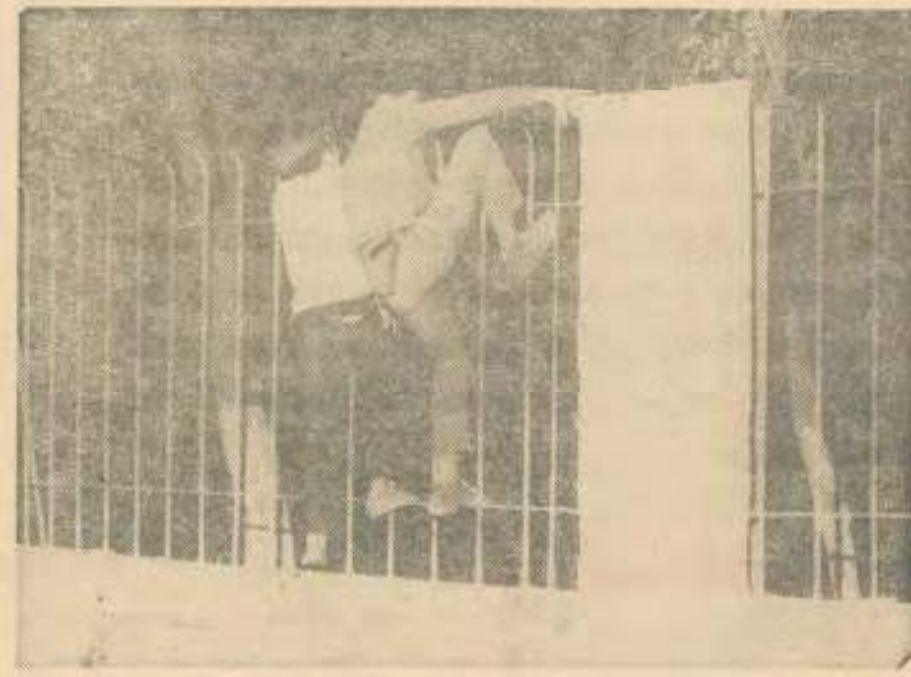
- 1896. Nace en Buenos Aires el 8 de enero de padres chilenos.
- 1899. Lo traen a Santiago.
- 1903. Vuelve a Buenos Aires.
- 1906. Comienza a leer cuarto año.
- 1910. Abandona los estudios y empieza a trabajar, en Mendoza.
- 1921. Regresa a Santiago.
- 1914. Trabaja de cuidador de latidos en Valparaíso.
- 1915. Conoce a Gómez Rojas y empieza a escribir versos.
- 1917. Aparece su primer soneto: "Lo mismo que un gusano."
- 1919. Trabaja como apuntador en la Cia. Teatral de Alejandro Flores.
- 1921. Con la Cia. Teatral de Mario Padín viaja a Argentina.
- 1922. Segundo Premio con "La Laguna" en concurso del diario "La Montaña".
- 1923. Escribe el cuento "El hombre de los ojos azules".
- 1924. Escribe "El Bonete Maulino".
- 1926. Publica sus primeros cuentos bajo el título de "Hombres del Sur".
- 1927. Publica "Tonada del Transcunte" (versos).
- 1928. Funcionario de la Biblioteca Nacional. Se casa con María Baena.
- 1929. Muere su madre. Recibe el Premio Marcial Martínez y "Atenea".
- 1931. Director de las Premias de la U. de Chile. "Lanchas en la Bahía".
- 1936. Fallece su esposa.
- 1937. Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.
- 1938. Funcionario del Hipódromo Chile. Trabaja allí 15 años.
- 1941. Contrae matrimonio con Valeria López Edwards.
- 1957. Premio Nacional de Literatura. Viaja a USA.
- 1960. Profesor en la Universidad de Middlebury.
- 1969. Viaja por América y se radica en Buenos Aires.
- 1961. Dicta cursos en la U. de Washington y California.
- 1962. Viaja durante un año por México, con Judy su nueva esposa.
- 1964. Regresa a Chile.
- 1965. Viaja a Europa. Recorre Francia y Checoslovaquia.
- 1966. Invitado como observador a la Tricontinental de La Habana.
- 1969. Viaja a Israel, invitado oficialmente.
- 1970. Termina de escribir "La Oscura vía radiotele": y
- 11 de marzo de 1973. Fallece en Santiago y sus restos son ocultados.

*(Díjame mi amada
con las bojas de tu
boca)
Porque tus caricias
son mejores que el
vino.
(El Cante de los
Cantores).*

Umed se acuerda: yo era muy joven, mi madre había muerto y no podía estar en alguna parte, tal vez en Valparaíso, condenado a muchos años de presidio; mis tres hermanos habían desaparecido. Yo también alguna vez, nos encontramos y nos reconocimos (no es fácil, por cierto, pero tampoco es imposible. Al maestro Menares, el carpintero, le pasó algo curioso: se le deslizo el hogar de repente y salió al mundo como tras un empujón. Durante algunos años no supo de su madre ni de sus hermanos. Un día, mientras almorzaba en un fogón, a muchas leguas de su pueblo nativo, advirtió que una de las muchachas que servía las mesas se parecía a su madre, le habló: era su hermana). Pero usted si sabe dónde estoy, estoy a bordo del vapor "Chiloé", en la bahía de Corral y acabo de despertar. Me despertó la arena del barco. Sonaba con mi primera llegada a Chile en 1912. Estamos en 1921, es decir, han transcurrido nueve años; tengo veintidós años. Es ya un hombre, dirá usted. Puede que lo sea, aunque no lo siento así y nunca llegaré a ser un hombre hecho y derecho, terminado, como un perro. Me parece, siempre, que me falta algo. No sé si usted sabe que existen individuos que están definitivamente hechos, se bailan desde se nacen, en una fábrica o una oficina, en un cuartel o en un salón de ministros. No quiero decir que los que nacen hechos o se hacen de una vez, los que no admiten ya nada, no tengan categoría. No, ellos la tienen y alta y buena o baja y mala. En ocasiones se combinan bien los factores y el sujeto, dentro de una determinada condición, puede ser útil, no; necesario de todo, acepta todo y no soy así porque lo quiero, sino porque lo soy aunque a fuerza de serlo terminare, posiblemente, por querer serlo. Y esto no significa que nunca alguna categoría; no lo tengo, ni buena ni mala, y a veces me da vez llegar a traerla, mala o buena.



lite • literatura •



literatura • liter

YO VIVO en un conventillo. Es un conventillo que no tiene de extraordinario más que un gran árbol en el fondo de su patio, un árbol cotidiano, de tupido y apretado ramaje, en el que se albergan todos los lombrillos, diucas y gorriones del barrio, este árbol es para los pájaros una especie de conventillo; es un conventillo dentro de otro. Ignores a la vida que se desarrolla en este conventillo de ramas y hojas tiene alguna semejanza con la que se vive en el mío. Bien pudiera ser, he leído que algunos sabios han encontrado analogía entre la vida de ciertas aves y animales y la de los seres humanos. Si los sabios lo dicen, debe ser verdad. Yo, como soy peluquero, no entiendo de esas cosas.

Bueno; a este conventillo, es decir, al mío, se entra por una puerta estrecha y baja que tiene, como el conventillo, sólo una cosa extraordinaria: es muy chica para un conventillo tan grande. Se abre a un pasadizo largo y oscuro, pasado el cual aparece el gran patio de tierra, en cuyo fondo está el árbol de que le he hablado. Al pie del fondo de este árbol, en la noche, las pláticas violentas de un conventillo escuadrado verían en rodeado de un inquilino que acostarse ahí un día 18 de septiembre. Con palos y latas han hecho una especie de nicho y dentro de él cubren las velas. De ahí se surten a los habitantes más pobres del conventillo.

Existe en este patio, y a la derecha del pasadizo hay otra patio, empedrado con pedruzcos, pedruzcos redondos de lava, como se las llama. En el centro hay una llave de agua y una pileta que sirve de lavadero. Alrededor de este último patio están las lavanderas, las lavanderas, una casita, un corredor formado por una viga de madera que sostiene el segundo piso, donde están las otras cuarenta piezas del conventillo. A este segundo piso se sube por una escalera de madera con pasamanos de alambres en los cuales, especialmente los días húmedos, los botachos quedan colgando como piezas de ropa puesta a secar.

Como usted ve, mi conventillo es una pequeña ciudad, una ciudad de gente pobre que en la cual hay peluqueros y nada más, oficina o condicón, desde mendigos y ladroes de profesión, hasta guardianes y trabajadores. ¿De qué viven? ¡Quién sabe! Del aire, tal vez. No salen a la calle, no trabajan, no se cambian nunca de casa, en fin, no hacen nada; por no hacer nada ni siquiera se mueren. Vegetan, pegados a la vida aerea del conventillo, como el luche y el chichayo a las raíces.

Bueno; veo que me he excedido hablando a usted del conventillo y sus habitantes, cuando en realidad estas y aquel no tienen nada que ver con lo que quería contarle. Descúlpeme; es mi oficio de peluquero el que me hace ser inconstante y variable en la conversación.

(EL DELINCUENTE)



A 400 kilómetros de Santiago, en dirección surcoeste, entre Cauquenes-Maule y Constitución, duerme un pueblo de 10 mil habitantes, de los cuales por lo menos siete mil son relegados sociales y no políticos. Viven al margen de todo. No disponen de nada. Tienen pura tierra suelta, que el viento desparrama para oscurecer el destino de estos campesinos que siguen tan explotados como antes que ocurriera el gran hecho histórico-social de este tiempo.

CHANCO



EMILIO HERRERA... no les teme más a los patroneros, porque se roban la plata de los campesinos.



REINALDO VILLALOBOS... es agente del Servicio de Seguro Social en Cauquenes. Tiene que funcionar de a pie.



JOSEFINA RETAMAL... es de Chanco. Allí ha vivido toda su vida. Está trabajando en la nueva vida.

El pasado jueves 8 de este mes de marzo, se presentó a la Agencia del Servicio de Seguro Social de Chanco, el campesino Oscar Salgado Quera, vecindado en la localidad de Lonco -a 12 kilómetros del pueblo- donde trabaja de inquilino modico. Salgado Quera se presentó a reclamar contra su patrón, el agricultor Carlos Vera Letelier, "porque me trapea -dijo- en las imitaciones al Seguro y en el pago de las asignaciones familiares".

Salgado Quera tiene a su cargo una propiedad agrícola de cuarenta cuerdas, cuida 97 ovejunos, 35 vacunos y sementa ocho cuerdas, todo eso de su patrón, por cierto.

"Tengo autorización para cobrar por diez cargas familiares todos los meses -dijo- y las compañías del Sindicato Campesino me han explicado que me correspondía recibir 2.171 escudos y 70 centésimos, pero el patrón me paga 110 a 120 escudos mensuales por todas sus cargas familiares, desde el 1º de abril de 1972 hasta el día de hoy".

El reclamo del campesino Salgado Quera quedó registrado en el número 170 del Boletín 8 del Mesero del mes de marzo.

Esta lo leímos en el propio libro de reclamos de la Agencia del Seguro Social. A nadie, sin embargo, se le ocurrió preguntar al patrón de Salgado Quera, el agricultor Carlos Vera Letelier, "¿cómo es eso?".

"Al 10 por ciento de los campesinos de esta zona, les pasa lo mismo", comentó Emilio Herrera Guipúz, agente local del Servicio de Seguro Social. "Y eso que ocurre aquí -agrega- es un caso que se repite en otros lugares de la zona. Los patroneros no pagan ni las imitaciones ni tampoco las asignaciones familiares a sus trabajadores agrícolas, no obstante que ellos les cobran al Seguro".

En pocas palabras, se saltan a pies juntico las disposiciones de la ley y nadie los obliga a cum-

plirlas. Además les roban a sus inquilinos, medieros y obligados. Aquí tienen un ejemplo.

El agricultor Ramón Novoa presentó las planillas de pago correspondientes a los meses de agosto y septiembre de 1972. Se trataba del pago de salarios a 100 obreros, por un total de \$ mil 670 escudos (\$9 43,71 al día). Le correspondía pagar a mil 499 escudos y 71 centésimos, por concepto de imitaciones, pero él "había pagado -según dijo- 5.590 escudos y 48 centésimos a sus 100 obreros por concepto de asignaciones familiares". La Agencia del Servicio de Seguro Social, entonces, tenía que compensar al patrón Ramón Novoa, por el hecho de "haber pagado las asignaciones familiares a sus trabajadores". La compensación consistió en devolverle el valor de las asignaciones que él había pagado a sus obreros, descontando el pago de las imitaciones. Le correspondía entonces al patrón una compensación de 1 mil 90 escudos 000 71 centésimos.

Este es "el negocio" de los patroneros agrícolas que lo siguen haciendo en casi toda la zona agrícola del país. Previenen las planillas, le roban con cualquier garabato suplantando a sus obreros, cobran las asignaciones y se las echan al bolsillo.

Los trabajadores del Seguro Social, como los obreros del patrón Carlos Vera Letelier, le traba una Previsión mensual de 210 escudos por sus diez asignaciones, pero se cubren de la propia, con lo que le tofaba pagar al Seguro los meses: 2 mil 371 escudos y 71 centésimos.

Como esto ocurre en Chanco con el 80 por ciento de los trabajadores agrícolas, el Agente de la oficina del Servicio de Seguro Social, Emilio Herrera Guipúz, manifestar no quiere más las compensaciones por prestaciones familiares a los patroneros agrícolas y entregárselas directa y

personalmente a los propios obreros en el local del pueblo de Chanco.

La medida adoptada por el Agente del Servicio de Seguro Social resultó desconcertante. Por cierto que el Gobernador del Departamento, don Armando Verdugo Novoa, no sabe, no tiene idea de que esto haya ocurrido. Y, seguramente, cuando lo sepa tomará alguna medida en contra del Agente del Servicio de Seguro Social, por poner en tela de juicio la honorabilidad de "los trabajadores agrícolas de Chanco".

En este pueblo los tría o siete mil trabajadores agrícolas de la zona, según viviendo como en el pasado. Nadie se preocupa de ellos. Hay un hospital con treinta camas y 21 funcionarios, pero no hay médico. El que se enferma, tiene que ir a Cauquenes (41 kilómetros). Nadie sabe lo que hacen los funcionarios del SNS que atienden el hospital. El pueblo carece de abastecimientos. Hay dos panaderías y una amasadora, pero hay pan sólo cuando a los panaderos se les antoja fabricarlo. Nadie les dice nada. Resultado: los campesinos que trabajan el carbón de madera y la leña bajan todos los días con sus carretas a vender su meradería. Buscan harina, pan, aceite, azúcar, arroz, tallarines, sé, carne y no encuentran nada. No tienen a quien acudir y recorren a la montaña sin alimentos.

Chanco es una muestra del pasado inmóvil. Dispone de todos los servicios públicos, menos el de Impuestos Internos, pero ninguna de estas oficinas públicas presta servicio alguno a los habitantes. La luz eléctrica funcionaba cuando los encargados están de buena.

La revolución no tiene al parecer un instante que lo haga pasar por Chanco. No existe coordinación alguna entre los funcionarios públicos, para hacer cumplir la ley y promover una acción social que permita aplicar disposiciones del Programa de Gobierno.

«CREO QUE TIENE QUE SER ASI»

Una tarde, cualquiera, en el centro de Santiago. Un hombre sonriente se detiene para decirnos: "¡Me he acordado tanto de ti en estos últimos dos meses!". Un saludo, un intercambio de alegres sonrisas entre dos viejos amigos. "¿Por qué? Es que resulta -dice- que estoy trabajando en Chanco, donde tú tenías que haber ido relegado, de acuerdo con una condena judicial que te habían impuesto.

—¿Y qué haces?
—Estoy a cargo de la Agencia del Servicio de Seguro Social. Pui por quince días, pero me pienso quedar hasta que me echen, porque hay muchas cosas que hacer allí. ¿Por qué no te das una vuelta por allá? Te gustaría saber algunas cosas.

Quedamos de ir. Y fuimos. La persona que hablaba con nosotros era Emilio Herrera Guipúz (48 años, casado, doce hijos), un viejo amigo futbolista, cococolino además, que había trabajado durante 18 años en el Servicio de Seguro Social. Comenzó a trabajar a los diez. No pudo dedicar mucho tiempo al estudio. Mozo en la librería Kegan, en Cristalerías Chile. A los 15 entró a la Empresa de Agua Potable,

como mozo también. El 58 pasó al Seguro Social, como empleado de servicio. Estaba listo para jubilar e irse a su casa, cuando Galvarino Melo -Presidente del Servicio de Seguro Social- lo mandó de Agente a Chanco.

"Me vine -nos decía en Chanco- para no aparecer sucándole el cuerpo a una tarea".

En Chanco trabaja desde las ocho de la mañana hasta las once o doce de la noche, con las puertas abiertas. Puede llegar el que quiera. No tiene otra cosa que hacer que no sea trabajar. No conoce a nadie. No tiene círculo de amigos. Amachó la cabeza y se puso a hacer lo que él cree que tiene que cumplir un funcionario público.

"Desgraciadamente no tenemos médicos. Hay unos mil campesinos en esta zona que trabajan principalmente en aserraderos. Los patroneros les hacen imitaciones periódicas sólo a aquellos que tienen hartas cargas familiares, para cobrar las asignaciones familiares y guardárselas para ellos. Tenemos sólo 500 obreros en planillas. Podríamos obligar a todos los patroneros a cumplir con la ley y con el Servicio, pero tendrían-

mos que ir a la montaña, es decir, sitios de trabajo y no hay en que gar".

El SSS no dispone de ningún vehículo en Chanco. Tampoco hay en quenas. Entonces no se pueden hacer inspecciones. En Talca, el social del vicio, dispone de cuatro vehículos, ni en Chanco ni en Cauquenes dependen de estos.

"Aquí hace falta que las autoridades asuman una actitud más enérgica más consecuente con el Gobierno Unidad Popular". Emilio considera que hace falta gente nueva, funcionarios que no se incorporen al círculo tradicional de los pueblos y que entiendan las nuevas tareas de servicio público con la vocación política que es obligatoria en este instante.

"Nosotros pagamos ahora la nómina familiar directamente a los campesinos, pero ellos han creído a través de años que esa plata es del patrón, cuesta hacerles entender. Ahora más los patroneros esperan al ladillo de plata a sus inquilinos y les exigen que "devuelvan su plata". Y todavía tenemos que andar retrasando a los comosos."

Benedetti, un narrador intenso

Mario Benedetti es, si no el mejor, el cuentista más difundido del Uruguay en el actual momento. No se lo mira a la altura de Cortázar, o de García Márquez, o de Vargas Llosa, o de Carpentier. Al igual que Rulfo, en el otro extremo de América Latina, Benedetti se desplaza en la realidad. No quiere decir que la narrativa de Benedetti vaya a ser obsesivamente realista, y está despojada de eso que ya es inherente a toda la literatura latinoamericana: la fusión informal de todos los estilos, corrientes y valores plásticos del género, sino que se distingue de los demás por una acusada sensibilidad social. Benedetti es, en ese sentido, al igual que O'Henry o Chejov el cuentista por excelencia: tramador sensible de la vida diaria. No se propone rebasar la realidad; toma de ella los contrastes más simples o los desenlaces más insólitos, metiéndose, con igual destreza, en el alma de un niño que le cuenta a la amante de su padre lo buena que era su madre, o en la del caliche profesional, o en la del homosexual que se mata y deja una carta partida en dos, o como en el cuento que publica hoy PURO

CHILE, en el corazón de un obrero que quiere saltar a la fortuna a través del luto. llega a un trato, lo incumple y aprende a vivir.

Cuando el tiempo transcurre, el espeso follaje de la prolífica literatura contemporánea de Latinoamérica se desbroza, y sobreviven en él los árboles más nobles. Bennetida, cuyas raíces calan hondo, se proyectará como un clásico de la narración corta. En el orden formal, la prosa de Benedetti fluye corta, sin retorcimientos, de manera que el autor desaparece y sólo se escucha la voz del protagonista. No se excede, sin embargo, en la utilización de recursos técnicos que empañen la solución, muchas veces prevista, de sus cuentos. Se pone a contar, y cuenta las cosas tal como se sucedieron, como lo haría un hombre cualquiera en un momento de intensa vibración interior, entre protestas y lágrimas, o sórdidamente despedido. Su método es narrativo, pero es intensamente narrativo, por lo cual, Benedetti, casi siempre, escribe en primera persona. PUNTERO IZQUIERDO es, precisamente, una muestra legítima de su producción.

né al ñato Silveira para que entrara él y ese tarado me la pasó de nuevo, a mí que estaba solo no tuve más remedio que pegar en la tierra porque si no iba a ser muy bravo no me let el gol. Entonces, mientras yo hacía que me arreglaba los zapatos, el entrenador me gritó a lo Tittaruffo: "¿Qué tenés en la cabeza? ¿Moco?" Esto, te juro, me tocó aquí dentro porque yo no tengo moco y si no preguntale a don Amilcar, él siempre dijo que yo era un puntero inteligente porque juego con la cabeza levantada. Entonces yo no vi más se me subió la calabresa y le quise demostrar al coso ese que cuando quiero sé mover la guinda y me saco de encima a cuatro o cinco y cuando estuve solo frente al golero le mandé un zapatillazo y que te lo bogliodire y el tipo quedó haciendo sapitos pero exclusivamente a cuatro patas. Miré hacia el entrenador y lo encontré sonriendo como aviso de Rider y recién entonces me di cuenta que me había enterrado hasta el ovario. Los otros me abrazaban y gritaban: "¡Pa los contras!" y yo no quería dirigir la visual hacia donde estaba don Amilcar con el doctor Urrutia o sea justo en la banderilla de mi corner, pero enseguida empezó a llegarme un kilo de putiadas, en las que reconocí el tono mezzosoprano del delegado y la ronquera con bitter de mi fuente de recursos. Allí el partido se volvió de trámite intenso porque entró la hinchada de ellos y les llenaron la cara de dedos a más de cuatro. A mí no me tocaron porque me reservaban de postré. Después quise recuperar puntos y pasé a colaborar con la defensa, pero no marcaba a nadie y me pasaban la goba entre las niernas como un cualquier gilberto. Pero el mellado estaba en su día y sacaba al corner tiros imposibles. Una vuelta se la chingué con efecto y to-

do y esa bestia la bajo con una sola mano. Miré a don Amilcar y al delegado, a ver si se daban cuenta que contra el destino no se puede, pero don Amilcar ya no estaba y el doctor Urrutia seguía moviendo los labios como un bagre. Allí no más terminó uno a cero y los muchachos me llevaron en andas porque había hecho el gol de la victoria y además iba a la cabeza en la tabla de los escorres. Los periodistas escribieron que mi gol, ese magnífico puntillazo, había dado el más rotundo mentís a los infames rumores circulantes. Yo ni siquiera me di la ducha porque quería contarle a la vieja que ascendíamos a intermedia. Así que salí todo sudando con la camiseta que era un mar de lágrimas, en la dirección el primer teléfono. Pero allí no más me agarraron del brazo y por el movado de oro le di la cana a la bruta manaza de don Amilcar. Te juro que creí que me iba a felicitar

por el triunfo, pero está clavado que esos tipos no saben perderla. Todo el partido me la paso chingándalo y tirando desviados o sea biotecando mis prestigios y eso no vale nada. Después me viene el sarampión y hago un gol de apuro y eso sí que está mal ¿y lo otro? Para mí había cumplido con los setenta que le había sacado de anticipo, así que hice el gallito y le pregunté con gran serenidad y altura si le había hablado al delegado sobre mi puesto en Talleres. El coso sin morquito y sin mover los labios. Porque estábamos entre la gente, me fue diciendo podrido, mamarracho, tramposo, andá a joder a Gardel, y otros apelativos que te omito por respeto a la enfermera que me cuida como una madre. Dimos vuelta a una esquina y allí estaba el delegado. Yo como un caballero le pregunto por la señora, y el tipo, me dijo en otro orden la misma sarta de piropos

adicionando los de pata sucia, maricón y carajito. Yo pensé la boca que se te haga un lago, pero la primera torta me la da Piraña, me la da como un borracho y narrado como el ave fénix, y atrás de él reconocí al Gallego y al Chile. todos manijarejas de Urrutia, pero en ningún momento se ensucio las manos y sólo mordía una boquilla muy pituca, de estas de contrabando. La segunda pita me la obsequió el Camilla, pero a partir de la tercera perdí el orden cronológico y me siguieron dando hasta las calandrias griegas. Cuando quise hacerme una composición del lugar, ya estaba medio muerto. Ahí me dejaron hecho una pulpa y con un solo ojo los vi alejarse por la sombra. Dios nos libre y se los guarde, pensé con cierta amargura y flor de gusto a sangre. Miré a diestro y siniestro en busca de S.O.S. pero aquello era el destierro de Zárate. Tuve que arrastrarme más o menos hasta el bar de Seoane, donde el rengó me acomodó en el camión y me trajo como un solo hombre al hospital. Te miro Y aquí me tenés. Te miro con este ojo, pero voy a ver si puedo abrir el otro. Difícil dijo Cañete. La enfermera me me trata como al rey Farpu y que tiene, como ya le habrás salvado, su bruta plataforma electoral dice que tengo para un semestre. Por ahora no está mal, porque ella me sube a una para lavarme ciertas ocasiones y yo voy disfrutando con vista al futuro. Pero la cosa va a ser después y el período de pases va se acaba, sintetizando, que soy colgado. En la fábrica ya le dijeron a la vieja que ni sueña que me vayan a esperar. Así que no tendré más remedio que bajar el cogote y apersonarme con ese chirulo de Urrutia, a ver si me da el puesto en Talleres como me habían prometido.



UNA LOCA

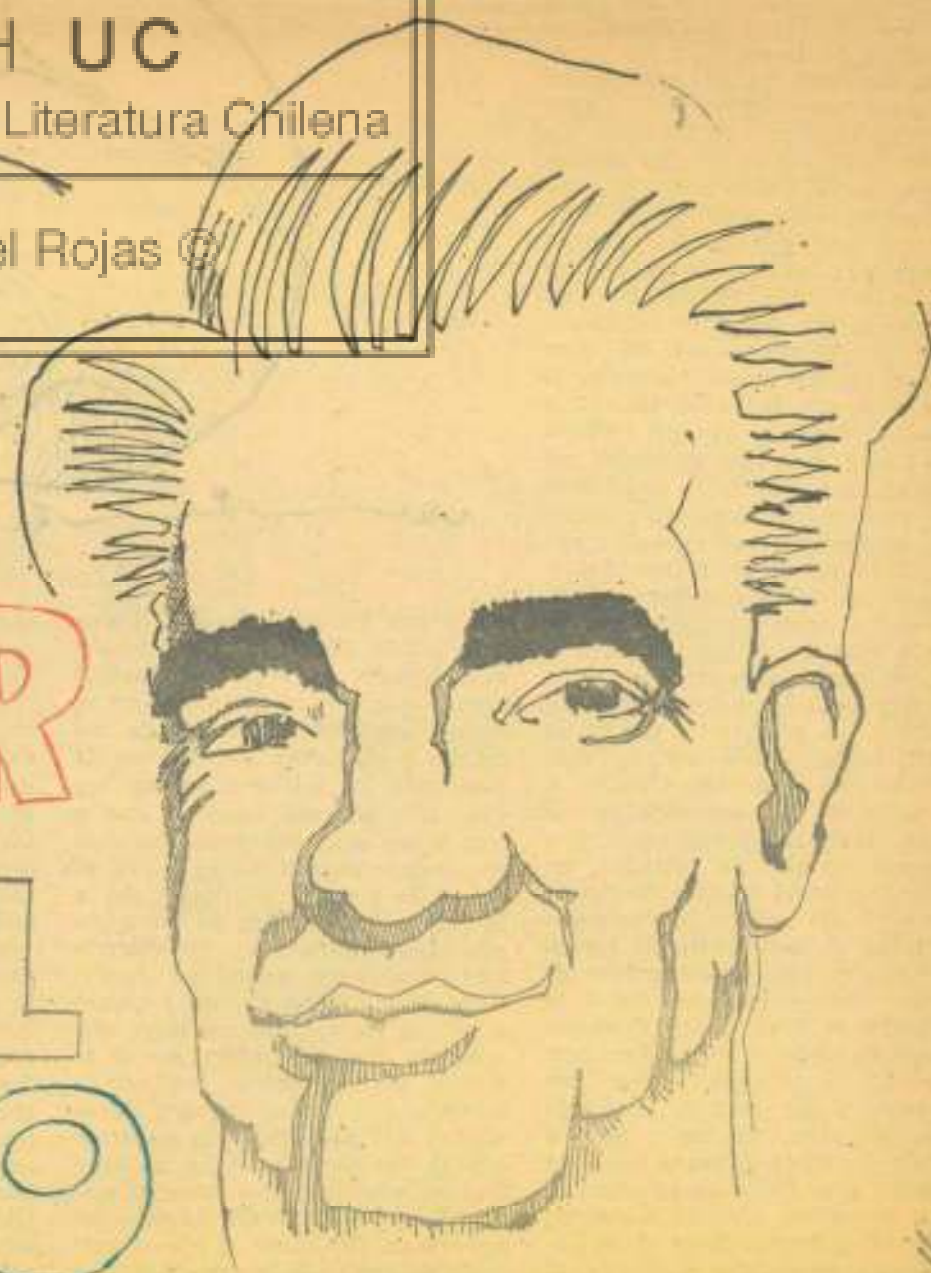
LE
L
I
F
S



GEO-
GRAFÍA

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

MEJOR
QUE EL
VINO



Manilla